



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9731

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

JUEVES 12 DE ABRIL DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social:

MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1.

(Paseo de Recoletos.)

Subdirectores:

SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª

Cartagena, P. Caballos, 15.



GARANTÍAS.

Capital social efectivo. Ptas. 12.000.000

Primas y reservas. 42.889.747

TOTAL. 54.889.747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 56.226.307.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardinerías, caprichos de sartideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amasas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL. —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

Suscripción

MENSUAL PARA LA TIENDA-ASILO

Ptas.

Suma anterior. 240.50

D. Rafael Blanes. 5

D. Ricardo Iglesias.	1
» Tomás Blanca.	1
» Francisco Cánovas.	450
» Juan Oliva.	1
» Angel Moreno.	1
» Manuel Bosch.	1
» José Piñero.	1
» Francisco Bautista Soriano	1
» Rafael Cañeto.	1
» Carlos Duelo.	1
» José Bayo.	1
» Fernando Egea.	2
» Antonio Sánchez.	1
» José María Fuentes.	2
Compañía del Tranvía á La	
Unión.	5
D. José Teulón.	1
» Jaime Bosch.	5
» Rafael Hernández.	2
» Francisco y Pablo Bosch.	2.50
» Federico Gomez.	1
» Juan Solé.	2.50
» Manuel Robles.	1
» Antonio Campos.	1
D.ª María Ruiz, viuda de Oliva	5
D. Joaquín Ayuste, cura del	
Sagrado Corazón.	5
» Sandalio Alcántua.	3
» Manuel Asuar Fulla.	2
» Juan Dorda Bofarull.	2
D.ª Angelina Macabich de An-	
tón.	1

D. Félix Martínez.	5
» Manuel Fernández Villa-	
marzo.	1
» Manuel Pérez Lurbe.	1
» Miguel López Rodríguez.	1
» Ignacio Gómez Martínez.	1
» Ginés Giménez Munuera.	1
» José Antonio Moreno.	1
» Alfredo Lamusi Frutos.	1
» Eduardo Antón.	1
» Julio López Marzo.	1
» Dimas Pérez.	1
» Tomás Manzanares.	1
» Juan Cánovas.	1
» Ramón Rosco.	1
» Aurelio López Parra.	1
» Mariano Gutiérrez.	1
Suma.	319

(Se continuará)
En la redacción de este periódico sigue abierta la suscripción.

EL SUEÑO DE MAURICIO.

El asendereado estudiante, mal-trecho é influido por la tenaz y constante cólera, reina y señora de su cerebro, dando vueltas y revueltas por calles y callejuelas, andando sin rumbo fijo llegó á encontrarse sin aperebirlo, ni darse cuenta de ello ante el palacio guardador de aquel encanto, sueño de sus locas ilusiones.

Aquel magnífico palacio, de nueva edificación, separado de la calle por anchuroso jardín y de sus vecinas construcciones por altas tapias, semejava orgullosa soberana de la arquitectura, que soberbia y poseída de su valer, manteníase separada de las demás, temerosa de perder valor con el roce que ameniguase su magestad.

Era su sueño un rico potentado, más poderoso de oro que de ilustración y padre de una rubia angelical muy bella y, de ojos azules, como el cielo, y sonrisa encantadora como la de los querubines.

Cuando Mauricio ante el palacio se halló, recordó á la beldad, y estático, dominado por fuerza superior á su voluntad, permaneció

allí á pié firme, parado ante la reja del jardín y con la vista en las ventanas del palacio, pensando en la bella que con ligereza divina debía transcurrir por los umbrales del palacio, con gracia sin igual y encantadora.

Impunemente el pobre estudiante hubiese podido ser testigo de un crimen cometido á sus inmediaciones y del que no se hubiere dado cuenta, atento siempre á su objeto.

A su objeto que era sueño delirante, fantástica ilusión, quimera en fin hija de la fiebre que ardía en la mente soñadora, dominada por la diabólica presión que en ella ocasionara el recuerdo de aquella linda criatura.

Las primeras sombras de la noche esparciábase por calles y plazas envolviendo entre sus sombras á toda la ciudad, el suntuoso edificio quedó sumido en la obscuridad y nuestro hombre, como centinela advertido, fijo siempre en su puesto observando siempre las ventanas del palacio aquel

Hubo un instante en que un ruido sordo, dejándose oír llamó la atención de Mauricio; escudriñando éste en la obscuridad, miró como una ventana se abría, y al cabo adivinó entre la penumbra, el busto de una mujer hermosa como ninguna, y como no hay otra divina.

Trataron sus labios de pronunciar un nombre y permanecieron mudos, animado siempre por su ilusión, allí permaneció el estudiante largo rato, observando cuidadoso para no perder instante en su objeto.

Los pajarillos saltando de rama en rama en los frondosos árboles del jardín, para encontrar mejor postura en su descanso, en sus vuelos presurosos arrancaban las hojas del arbusto resecaadas por los vientos del otoño, las que rodando por los aires á tierra caían precipitadas, para rodar más tarde en revuelto torbellino arrastradas por el furioso huracán.

Una de esas hojas, más apartadas que otras, pasando la verja rozó la frente de Mauricio, y el estudiante al sentir su contacto, creyó sentir en los aires el rumor de un beso y el choque suavísimo de un beso en su frente calurosa, á la par que se cerraba la ventana que contenía al objeto amoroso de sus pensamientos.

¿Quién sabe si fué demencia y delirio de un insensato! Mauricio al sentir aquello, aspirando delicioso encanto que le subyugaba; comprimiendo el pecho para guardar mejor en él la prenda de amor que creía recibida, plegó sus labios, recogió los dedos y en ellos depositó un beso, cuyo chasquido se oyó, los aires recogieron y Dios sabe á donde los aires lo llevarían.

Y lo mismo que hasta allí llegó inconsciente, caminó sin prisa y á la ventura y cuando el ruido de las gentes en las calles, las luces y el clamoreo le hicieron despertar de su locura, sonrió amargamente el pobre mozo, recordando su delirio y dominado por la pena del que ama sin esperanza, con la desesperación.

Hoy Mauricio es viejo, sus nietuelos le rodean, y él les refiere este hecho como recuerdo de su pasado lejano; los pequeños gozan escuchándole, sin comprender las impresiones dolorosas porque pasó el abuelo en aquel entonces...

Y él goza, y goza, porque nada hay más dichoso para los que como el estudiante y yo, ya somos viejos, que recordar las locas fantasías de la juventud.

Dionisio Morquecho.

TIJERETAZOS

Una revista inglesa hace notar que desde que se celebró en Chicago la Exposición Universal ha aumentado, el número de locos en los Estados Unidos.

desprovista de tierra y de vegetación. Allí nuestros viajeros se detuvieron para deliberar, pues no era fácil saber si el Huron y los que le seguían, habían atravesado aquella roca en la que no podía quedar huella alguna, ó habían seguido marchando por el arroyo.

Bien hicieron en tomar este partido, pues en tanto que Chingachgook y Ojo de Halcón razonaban sobre conjeturas, Uncas que buscando una certeza examinaba las cercanías del peñasco, encontró en una mancha de musgo la señal del paso de un indio, que lo había pisado sin duda por inadvertencia. Viendo que la panta del pie miraba hacia un bosque próximo, corrió allá, y en él encontró todas las huellas tan claras, tan señaladas, como las que lo habían conducido hasta el arroyo que acababan de dejar.

Un segundo trágico anunció este descubrimiento á sus compañeros, y puso fin á su deliberación.

—Si, sí, dijo el cazador; el raciocinio de un indio es el que ha presidido á todo esto, y era suficiente para cegar los ojos de un blanco.

—Nos ponemos en marcha? preguntó Heyward.

—Despacio! despacio! contestó Ojo de Halcón: conocemos el camino, pero es conveniente examinar las cosas á fondo. Esa es mi doctrina mayor, no se deben olvidar las precauciones de la vida. En el libro que la Providencia me ha dado, me enseña que todos

los vuestros. Todo está ahora claro á mis ojos, excepto una cosa; como ese pijo ha conseguido hacer pasar á las dos jóvenes por el arroyo? por que me veo obligado á confesar que un Huron es demasiado altivo, para obligarlas á poner los pies en el agua.

—Podría esto ayudaros á explicar la dificultad? preguntó Heyward señalando algunas ramas recientemente cortadas, cerca de las que se veían otras más pequeñas y flexibles, tiradas á la entrada del bosque.

—Eso mismo es! dijo el cazador con aire satisfecho, y ya no falta nada. Han hecho una especie de litera ó hamaca con ramas, y las han tirado cuando ya no las necesitan. Todo está explicado.—Bueno! aquí tenemos tres pares de mocasines y dos pares de pies pequeños. No es extraño que débiles criaturas puedan sostenerse sobre miembros tan pequeños? Uncas, dame vuestra correa para que mida el más pequeño, el de la cabellera rubia.—Por el cielo, es el de un niño de ocho años! y sin embargo, son altas y bien formadas.

—Mis pobres hijas no están en estado de soportar semejante cansancio! dijo Munro contemplando con paternal ternura las huellas que sus pies habían dejado.

—No, no dijo el cazador moviendo lentamente la cabeza, no hay nada que temer respecto á eso. Es fa-

boles habían sido derribados, y la luz de aquella hermosa tarde de verano al penetrar en aquel claro, formaba un contraste deslumbrador con la luz sombría que reina siempre en un bosque. A corta distancia del sitio en que estaba Duncan, el arroyo se extendía por una porción grande del terreno, formando en un valle encerrado entre dos montañas, un lago poco profundo. El agua salía despues de estar estancada por una pendiente tan regular y tan suave, que parecía mas bien obra del hombre que de la naturaleza. Muchos centenares de casitas de tierra se elevaban en las orillas de aquel lago, y algunas salían del seno de las aguas. Sus techos redondos, admirablemente calculados para servir de protección contra los elementos, denotaban mas industria y precisión, de la que ordinariamente se halla en las viviendas construidas por los naturales del país.

Contemplaba aquel espectáculo ya hacia algunos minutos, cuando vió muchos hombres que se dirigían hacia donde él estaba, pero andando á gatas, y arrastrando en pos de sí una cosa pesada, quizá algun instrumento de guerra desconocido para él. En el mismo momento muchas cabezas negras aparecieron á la puerta de algunas casitas, y en pocos instantes las orillas del lago se llenaron de una multitud de seres que iban y venían en todos sentidos siempre arrastrándose, pero que andaban con tanta ligereza y des-